la, cumple tu deber, vive con templanza» (II Tito, LV, 5). Sobre la comida nos dice Jesús: «No sólo de pan vive el hombre». «Esta raza de demonios no se vence sino con la oración y el ayuno». (Mt. XVII, 19).

Se refieren a la templanza: la mansedumbre. Ejemplo, Jesús: «Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón» (Mt. XI, 19).

Castidad. Fruto del Espíritu Santo. «Guárdate casto a ti mismo».

Virginidad. «Os exhorto a lo más loable, a lo que habilita a servir a Dios sin ningún impedimento» (1º Cor. 7-35).

Mortificación. «Si vivís según la carne moriréis, mas si con el espíritu la mortificais viviréis» (Rom. VIII, 13). Hay otros muchísimos textos sagrados que exaltan éstas y otras virtudes; no podemos señalarlos todos, pero si solamente éstos pudiéramos practicar correríamos derechamente a las cumbres de la santidad.

LA PERFECCION Y LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO EN LA BIBLIA

En los Libros Sagrados, además de las virtudes de que hemos hecho mención, podemos encontrar una imagen perfecta y acabada del tema que nos ocupa: **LA ESCALA DE PERFECCION.**

Así vemos en la REVELACION DE JESUCRISTO A SU DISCIPULO AMADO (El Apocalipsis) como, con las imágenes: de las 7 Iglesias, los 7 Sellos, las 7 Trompetas, las 7 Señales, los 7 Cálices, el Premio y el Castigo, etc., nos va conduciendo a una verdadera CONVERSION, a un Temor filial y amoroso del DIOS-JUSTICIA, que perdona; pero que no deja impune ninguna maldad: YO A LOS QUE AMO CORRIJO (Apc. 3); para terminar, ya purificados y santificados, con aquellas máximas de tan alta espiritualidad: QUE EL JUSTO SE JUSTIFIQUE MAS, QUE EL SANTO SE SANTIFIQUE MAS, y así elevarnos a lo más excelso de la santidad, a las cumbres de la Jerusalen Celeste, de la Mística Ciudad de Dios, donde sólo pueden entrar los elegidos, y allí exclamar conm profunda fe y amor, con el Profeta-Apóstol: «¡Ven, oh Señor Jesus! Vive Tú por siempre en mi alma».

DONES Y FRUTOS DEL ESPIRITU SANTO EN LOS LIBROS SAGRADOS

También en ellos y con este tema, podemos observar esta trayectoria de purificación y santificación.

Los Dones son manifestaciones de la más eminente santidad, que el Espíritu Santo nos da, y que aparecen enumerdos en (Is.-2,2).

EL DON DEL TEMOR DE DIOS, nos lleva a la CONVERSION, para «no contristar al Espíritu Santo» (Ef-4). Temor santo, que excluye el temor servil, propio de los esclavos y promueve el temor filial, propio de los hijos de Dios.

«Castillo fuerte donde defenderme y desde donde puedo dar guerra al mundo y a los demonios», como dice Santa Teresa.

Con este Don divino, vendrán los otros regalos del Espíritu Santo, para realizar sin esfuerzo las obras buenas, empezando por

EL DON DE SABIDURIA. Ese conocimiento amoroso de Dios, sabor de Dios, que tan ligado está a la virtud reina: La Caridad.

EL DON DE ENTENDIMIENTO. Para penetrar más profundamente los misterios de la FE,

conocer los caminos de Dios y guardar su Santa Ley.

EL DON DE CONSEJO. Ligado a la virtud de la PRUDENCIA, nos ayuda a no desviarnos del camino que conduce a Dios y dar consejos acertados en la dirección espiritual. Guiados por Él: «No seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu de vuestro Padre, será el que hable por vosotros». (Mt.X,19).

EL DON DE LA FORTALEZA. El Espíritu Santo por este Don, nos da la fuerza necesaria para superar los obstáculos que se interpongan en el cumplimiento de nuestros deberes. El Señor nos dice: «Sé valiente, Yo estaré contigo». (Gen. 3,12). «Lucha como buen soldado de Cristo.» (Tim.2,3).

DON DE LA CIENCIA. Nos hace comprender el verdadero valor de lo creado y elevarlo al orden sobrenatural, como nos dice San Juan de la Cruz en su CANTICO: «De las criaturas, rostro de Dios, al Creador».

Todo viene de Dios y a Dios se ordena, esa es la ciencia de los santos.

POR EL DON DE LA PIEDAD nos sentimos hijos de Dios, con esa confianza filial y ternura que tuvieron los santos para con Dios, la Virgen, «Madre dulce y buena» y a nuestros propios padres.

«El Padre nos llama hijos – y lo somos». (Jn. 3,1).

De este Don nacía en Santa Teresita su abandono encantador en las manos de Dios, y todas las demás virtudes.

LOS FRUTOS DEL ESPIRITU SANTO en el alma, manifiestan la gloria de Dios: Amor, Alegría, Paz, Bondad, Fe, etc. (Gal. V,2).

De todo esto, con la gracia de Dios, hablaremos más adelante en la «Escala de Perfección de Santa Teresita.

LAS VIRTUDES CRISTIANAS

Fe. Ser cristiano es vivir a tope la fe, sentirse de verdad Hijo de Dios, vivir en Cristo, por Cristo, para Cristo. Vive tu fe. Cuántos problemas al parecer insolubles, se resuelven fácilmente viviendo la fe cristiana.

Al par de ella, vive las demás virtudes. Conserva tu pureza, ella te guardará tu fe.

Todo arropado con una intensa vida de piedad y una práctica más intensa aún de buenas obras, o sea de virtudes. Eso será el fruto de mi vida de fe. Así los primeros cristianos se santifican y llevan la luz del Evangelio a los demás, por su fe encendida, por su aceptación completa a lo revelado, por su fidelidad. Así consiguen arrastrar a tantos seguidores de Cristo a este «nuevo modo de vida», lleno del espíritu de Dios.

Esperanza. Se funda en la promesa de Jesús: «Si pidiéreis algo en mi nombre, yo lo haré» (Jn. 14,14). El Señor es siempre fiel porque no puede negarse a sí mismo. En esa fidelidad de Dios apoyo mi esperanza firme e invencible.

La Virgen Santísima es el faro que ilumina y puerto seguro de mi esperanza.

Caridad. Dios nos ama con amor infinito. Su

palabra es infalible: «Aunque una madre se olvidara del hijo de sus entrañas, Yo jamás os olvidaré, pues os llevo escrito en la mano, para teneros siempre a la vista» (Is. 49, 15). Consecuencia de ello la entrega de su Hijo, Dios de Dios, y la Eucaristía, y la Cruz, que me redime y da la Vida eterna. ¿Y yo cómo le correspondo?

Bien podríamos repetir lo de «Camino» Nº 425: «Saber que me quieres tanto, Dios mío, y no me he vuelto loco de Amor»

Amor al prójimo. La caridad tiene una doble vertiente: el amor a Dios y al prójimo, y éste no es el desorden sexual que degrada, sino el espíritu de sacrificio por el bien del hermano, que dignifica y santifica. Sin ese espíritu de servicio, unido al sacrificio y la humildad, no hay verdadera caridad.

Jesús nos da ejemplo con su vida y sobre todo con su Pasión: Se muestra como el servidor de todos y por nosotros muere. Nadie da ejemplo mayor de caridad que el que da la vida por sus amigos.

Y la Virgen Nuestra Señora se declara ESCLAVA DEL SEÑOR, para poder servir mejor a sus hijos los hombres.

Alegría en la paz. Jesús, que es nuestra paz, va sembrando por todas partes alegría y paz.

La Paz verdadera es fruto del Espíritu Santo, que nos manda difundir por todo el mundo estas

virtudes, siendo verdaderos sembradores de paz y alegría.

Piedad. Es un don del Espíritu Santo que nos hace sentirnos Hijos de Dios y poderle llamar con el mayor afecto y ternura: «Padre mío». El mismo Jesús nos lo enseñó, por eso nos atrevemos a llamarle así.

Santa Teresita nos enseñará en su «Espíritu de Infancia» esa confianza filial. Somos como niños pequeños en manos de nuestro Padre Dios.

Temor de Dios. Santa Teresa nos dice que el TEMOR DE DIOS es un don del Espíritu Santo que nos hace precavernos para no hacer nada que disguste al Señor. Hay quien presenta el Santo Temor de Dios, que no es sino una faceta del Amor que Dios nos tiene, como algo servil, impropio de un Hijo de Dios, y que desdora la infinita bondad de Dios. Craso error y trampa mortal del enemigo que quiere arrancar de nuestra alma ese escudo protector contra el pecado.

«¡Dame, Señor, un temor filial, que me haga reaccionar, contra toda tibieza!» (Camino 326).

LAS VIRTUDES EN EL ALMA DE SANTA TERESITA

La Santa que estudia y practica con todo cariño todas estas virtudes, sigue en su exposición su propio camino reduciéndolo a su idea central: EL AMOR DE DIOS SE MANIFIESTA EN LA PRACTICA DE LAS VIRTUDES.

Cumplimos en parte, nos dice la Santa, el precepto del Señor: Apártate del mal; nos queda lo más importante: Haz el bien, practica la virtud.

No sólo hay que evitar lo malo, el pecado; sino hacer lo bueno, que es la virtud, copiando en nuestra alma a Cristo, compendio, modelo y ejemplar de toda virtud, hasta que podamos decir con el Apóstol, que es Cristo el que vive en nosotros, arraigando en nuestra alma esos buenos hábitos, hasta cumplir en todo momento la voluntad de Dios con prontitud, facilidad y constancia.

¿Que esto es difícil? Para el que posee el Amor no lo es. Oigamos al autor de la Imitación: «El que ama corre y vuela, es libre y nada le detiene. Jamás da por pretextos imposibles, por eso lo puede todo y ejecuta muchas cosas que agotan y cansan a los que no aman. El Amor vela siempre, ningún miedo le turba y se abre paso por

medio de todos los obstáculos». Ahí tenemos la raíz de toda virtud. El árbol bueno produce buenos frutos; el árbol del amor, nacido en la entraña de la divinidad, ha de producir y produce abundantísimos frutos.

Veamos ahora cómo se encuentran en la vida de la Santa esas virtudes que leímos en los Libros Sagrados:

VIRTUDES INFUSAS. Las concreta en la virtud de la RELIGION, virtud hermosísima que aunque propiamente consiste en tributar a Dios el debido culto, tiene manifestaciones múltiples e incluye la fe, fundamento de las demás virtudes, la esperanza y la caridad, en su doble objeto.

Se manifiesta esta virtud en la adoración, votos, oración y sacramentos, de modo especial en el SACRIFICIO, cuando es una cosa sensible lo que ofrecemos y en la devoción y piedad cuando somos nosotros mismos los que nos ofrecemos al divino servicio.

La PIEDAD, que es útil para todo, debemos formarla e ilustrarla convenientemente con el estudio de la RELIGION y fomentarla con la recepción de los sacramentos, a los que debemos profesar un respeto profundo, porque son los medios de que Dios se vale para comunicarnos sus gracias.

En el BAUTISMO vemos el germen de las virtudes teologales. El da a los niños esa inocen-

cia e ingenuidad tan atrayente, que los hace como espejos del Espíritu Santo.

En la PENITENCIA, el sacramento del consuelo, vemos manifestada la misericordia de Dios, que nos llena de júbilo el corazón y nos purifica de las manchas más pequeñas, aún de las que no vemos.

Cuando estudiemos las Purificaciones en San Juan de la Cruz, nos extenderemos un poquito más en esta virtud-Sacramento.

La EUCARISTIA, nuestro cielo en la tierra, el beso del Amor en la COMUNION, la visita íntima en la soledad del sagrario. ¡Cuántas sugerencias de Amor trae esta palabra: ¡EUCARISTIA!

El sagrario más amado de Jesús es nuestro corazón, somos sus hostias vivientes. Jesús tiene sus delicias en estar con nosotros. Sepamos corresponderle. Tratemos con todo cariño, pero también con todo respeto, estas cosas santas. Hagámonos dignos de Jesús. Otra manifestación de esta virtud es la obediencia a la autoridad eclesiástica, el amor a la Santa Iglesia y como consecuencia la filial veneración hacia su Jefe Supremo el Padre Santo.

Tengamos confianza absoluta en la oración oficial de la Iglesia. Aprovechemos el tesoro inmenso que Ella tiene en la Comunión de los Santos. ¡Qué consolador es este Dogma! Pidamos unos por otros como verdaderos hermanos. Es voluntad del Señor que en este mundo se comu-

niquen las almas entre sí los dones celestiales por medio de la oración. Quizás las gracias de que nos vemos colmados, las debamos a las oraciones de algún pobrecito que no conoceremos sino en el cielo. Hagamos participantes a los demás de nuestros bienes celestiales.

Complemento de esta virtud es la devoción a los Santos, a nuestro Angel de la Guarda, que son nuestra familia del cielo, al Bendito Patriarca San José, Padre de las vírgenes, y sobre todo a *la Santísima Virgen María,* con afecto tan filial, íntimo y entrañable que no conozca límites. Amémosla con la mayor ternura. Confiemos absolutamente en Ella, ya que sabemos haberla hecho Dios omnipotente. Cuando se pide a los Santos, hacen esperar un poco, tienen que ir a presentar sus ruegos, pero cuando se hace a la Virgen el socorro viene al momento, lo hace Ella misma. Por algo es la Omnipotencia suplicante.

Virtudes morales

La prudencia. La primera virtud entre las morales es la Prudencia, ese conocimiento verdadero de lo que ha de hacerse, tanto para gobernarse a sí mismo como para regir a los demás.

La prudencia es la ciencia de los santos, la moderadora de las virtudes; quitada ella, la misma virtud se convierte en vicio. Se funda en el

amor, que es prudente, circunspecto, calla, no cuenta a otros sus penas y de todo saca bien.

Ejemplo vivo es María, que en la prueba de la Encarnación calló, lo puso todo en manos de Dios, y por eso gozó de celestial paz.

Cuando no somos comprendidos y se nos juzga desfavorablemente, ¿para qué defenderse ni dar explicaciones? ¡Es tan dulce y proporciona tanta paz dejarse juzgar de cualquier modo! ¡Cuánto bien produce este elocuente silencio! Consérvalo todo en tu corazón, a ejemplo de la Virgen.

Sabiduría en los consejos. Si el Señor te destina para regir a otros, encomiéndalos al Señor, estudia las condiciones particulares de cada uno, porque no todos se han de dirigir igual, sino por el camino particular que Jesús le señala.

Educa dando al alma la belleza y perfección de que es capaz, conduciéndola mediante la práctica de las virtudes a su último fin, Dios. Mas en todo esto, cuida no te deslumbre la altura. Somos instrumentos. Cada uno es y vale lo que vale delante de Dios. Más privilegiados son aquellos que el Señor se reserva para sí solo, pero si te escoge para algún puesto, piensa que Él se hace representar por quien quiere y no necesita de nadie y menos de ti, para hacer bien en la Tierra.

Justicia y fortaleza. Si busco el Reino de Dios sobre todas las cosas, Dios me dará el añadido,

todo lo demás, hasta la aceptación amorosa del sufrimiento.

El dolor es inevitable, porque es pena del pecado en que todos nacemos y expiación de nuestros pecados personales. Pero ¡si supiéramos las riquezas que atesora, las suavidades que entierra, las fuerzas que comunica!

El Señor no es feliz cuando padecemos, ¡nos ama tanto! Le cuesta hacernos beber en la fuente de las lágrimas, pero como sabe que es el único medio de desprendernos de la tierra, a disponernos a que le conozcamos, nos envía el dolor, dice la Santa, como apartando el rostro. Levantemos al cielo nuestra mirada en la prueba. «No son condignos los sufrimientos de esta vida (nos dice San Pablo), con la futura gloria que Dios nos tiene preparada». Deseemos el dolor, porque al desgarrarnos se esparce el perfume del Amor, y tomamos parte con Jesús en la salvación de las almas.

¡Cómo se adentra la Santa en este campo maravilloso del sacrificio! Sin sacrificio ¿sería meritoria nuestra vida? No desperdiciemos la prueba, no perdamos la ocasión de explotar esa mina de oro. Un día sin padecimientos es un día perdido. «Nulla dies sine cruce». Nuestros días de fiesta deben ser aquellos en los que el Señor nos prueba más duramente.

Privilegio de Jesús, suerte envidiable, años de gracia son los pasados en el dolor. ¡Bendito

seais Señor, Dios mío, por esta manifestación de vuestro amor infinito!

El camino para ir a Jesús es la cruz. Cuando estés sin tribulación, teme estar sin Jesús, porque Él da a sus amigos cruces. Acéptalas, son regalos de Jesús. Así nos va desprendiendo de las cosas criadas con golpe duro pero amoroso. Ello quizá nos proporcione flaquezas; Jesús, el Fuerte, tembló a la vista del Cáliz amargo, que tanto había deseado, y ¿pretendes tú la misma debilidad, sufrir con generosidad y grandeza de alma? ¡Oh, cómo cuesta darle a Jesús lo que pide! Pero démoselo con alegría, dándole gracias por esta dignación de su amistad. Señor, haced que deseemos y amemos la cruz para parecernos a Vos. Sed nuestra FORTALEZA, ya que nosotros somos la misma debilidad.

La templanza. La moderación de nuestro apetito sensitivo en el comer y el beber, así como en la sexualidad es lo que constituye esta virtud tan preciada. Ya nos dice Jesús que esta clase de demonios sólo se vencen con la oración y el ayuno.

PUREZA y MODESTIA, hijas de la templanza. Ama la pureza y haz de ella tu primer apostolado. Sé ejemplo vivo de esta virtud del cielo. Lo que más cautiva al Corazón de Jesús es la modestia. Estímala como el mayor encanto de tu alma. Es menester que sea cosa muy sublime, cuando la más Pura e inteligente de las criaturas, María,

hubiera preferido permanecer virgen a ser Madre de Dios con detrimento de su pureza.

Vigila, ora, invoca a María; modera los sentido, cúbrete con la túnica de la Modestia, para conservar siempre fragante esa flor de cielo y cantar eternamente el cántico nuevo, y seguir al Cordero Inmaculado donde quiera que vaya. Chardin ilustraría después esta doctrina: «Nada hay en el mundo que actúe con más intensidad que la Pureza y la Oración».

Humildad y sencillez. Dentro del campo extensísimo de las virtudes morales, encontramos estas dos virtudes, tan necesarias para nuestra ascensión espiritual.

Cuando conociendo nuestra bajeza, tendemos al último lugar que nos corresponde, cuando vivimos en el fondo de nuestra pobreza, contemplando nuestra nada e impotencia, cuando nos reconocemos enteramente incapaces de progreso y constancia, cuando vemos la muchedumbre de negligencias y defectos que nos aquejan, y que sin el auxilio de Dios no podemos nada, entonces ahondamos en el valle de la HUMILDAD.

Esta es la virtud que más derechamente nos lleva a Dios. Cuando se ve uno demasiado miserable, no quedan ganas de estarse remirando neciamente, entonces no se mira sino a Dios.

Señor, podemos decir con San Pedro ya curado de su presunción: «Vos sabéis que os amo, pero tened piedad de mí que soy un pobre peca-

dor». Vos conocéis mi fragilidad, llevadme junto a Vos antes de permitir que os ofenda.

Dios, que nos ama con locura, no permitirá nada que sea para nuestro mal. Si yo amo a Dios un poquito, como dice San Pablo «El lo dispondrá todo para mi bien».

Si su providencia permite que caiga alguna vez, es para curar mi presunción y oculta soberbia; de tal manera, que si estuviera totalmente libre de este vicio, como lo estuvo la Santísima Virgen, no caería nunca en falta alguna.

Estemos seguros que si permanecemos en pie algún tiempo, es porque el Señor nos considera demasiado debiles para exponernos a la tentación.

¡Que no cunda el desaliento por alguna falta! Estamos en tiempo de prueba. ¿Qué he de poder ofrecer a Dios sino miserias?

Quisiera no caer nunca; pero si caigo, así siento mi flaqueza y me aprovecho. Que Jesús se digne comunicarme, como decía San Pablo, la ciencia de gloriarme en mis propias flaquezas.

Vigila y ora y si aún caes, soporta con paciencia el gozar un poco menos de paz y procura estar un poco más alerta otra vez.

Admite de buena gana que todos te manden. Escoge el último lugar. Prefiere el olvido absoluto al desprecio, éste supone algún reconocimiento. Desea más bien ser ignorado y tenido en nada, pisoteado e ignorado como un grano de arena.

Recuerda lo que decía el clásico: «Teme cuando te alaben y alégrate cuando te desprecien, porque Dios sólo abraza al que el mundo ha despreciado».

ABANDONO EN MANOS DE DIOS. Consecuencia de nuestra humildad y confianza en Dios es, como dice San Agustín, este fruto delicioso del Amor, EL ABANDONO.

Ese echarse en brazos de Dios, con la confianza que el niño se echa a dormir en los brazos de su madre. Ese mirar en todos los acontecimientos la mano bondadosa de Dios.

Señor, te diré con la Santa: «¿Cuándo te haré una donación tan completa de mi ser, que renuncie en mí hasta lo más puro y legítimo?

»Que mi gozo sea cumplir tu voluntad, entregarme a tus divinos caprichos, hacerte sonreír. Que nuestra alma sea el entretenimiento del Señor, el juguetito del Niño Jesús. Pero no un juguete de valor, al que los niños se contentan con mirar sin tocarlo; sino una pelotita, que Él puede tirar al suelo, empujar con el pie, taladrar, abandonar en un rincón, o estrechar contra su corazón, si en ello encuentra placer.»

Para sufrir en paz basta querer lo que quiere Nuestro Señor.

Hasta que recibes con igualdad de ánimo los sucesos prósperos que los adversos, no tendrás tu voluntad del todo conforme con la de Dios.

La prueba... Sombra o luz, teniendo a Dios, todo es igual.

Ponte en sus manos. Entrégate. Si sabes que lo que te ocurra es Dios bondadosísimo quien te lo manda, que lo que Él hace es lo mejor, eso es lo que más ha de gustarme. Por ello, pídele siempre al Señor: «Que cumpla en nosotros sus gustos sin recelo».

Si mi Jesús quiere probarme y fuere su voluntad tenerme así toda la vida, aceptaré la prueba, eso es lo que tengo que hacer; luchar, cumplir su voluntad hasta el fin. Hagamos nuestra la hermosa frase de Job: «Aunque el señor me matara, esperaría en Él». En ti Señor he puesto mi esperanza, no quedaré defraudado.

SENCILLEZ. La sencillez no sólo es el secreto de la santidad, como dice Benedicto XV, sino que es el sello del espíritu perfecto. Ese caminar tranquilo, sin salirse en nada de lo ordinario; ese hacerse pequeño, sincera y tranquilamente pequeño, es inmolación mayor y estado más perfecto, que el amor a los padecimientos; porque en las penitencias, algunas veces más parte puede tener la naturaleza que la gracia; pero en este hacer pequeño que mata el orgullo con golpe tan certero, no puede haber engaño.

El camino ordinario, ese hacer bien, a la perfección las obras del día, el caminar por la senda conocida, pero quizás poco usada... ¡son tantas las almas «pequeñas» que deben aprender ese ca-

mino! La primera que para ejemplo nuestro lo anduvo fue la Santísima Virgen. Nada extraordinario, y sin embargo, ¡cuánto hay que aprender en aquellas lecciones de Nazareth!

Sintámonos dichosos de desempeñar el más oscuro papel. No queramos por nada salir de nuestra sencillez. El Señor hará a veces que no se aprecien los dotes que en realidad tengamos, que pasemos tan inadvertidos, que nadie eche cuenta de nosotros... estamos en nuestro lugar. Jesús era Dios y pasó treinta años oculto.

Como el amor se manifiesta en las virtudes en general, la sencillez se manifiesta en la práctica de las virtudes pequeñas: el retener una palabra de réplica, prestar pequeños servicios sin encarecerlos, no excusarse cuando acusen injustamente, no reclamar cuando alguien tome algo mío, contrariar los gustos, etc... ¿Quién no puede hacer esos sacrificios pequeños y muy ocultos para agradar a Jesús? Para las almas pequeñas no hay que buscar medios complicados.

Tengamos especial devoción a los santos que se distinguieron por sus virtudes imitables, que practicaron las virtudes ordinarias y ocultas, como es la sencillez; en ella no cabe la menor ilusión. ¡Lo que agrada a Jesús esta virtud! ¡Qué bien la practicó su Madre Santísima! ¡Qué virtudes tan imitables las suyas!

La santidad no consiste en decir cosas hermosas, ni en componer libros de devoción con subli-

mes poesías; todo ello no equivale al más pequeño acto de abnegación hecho por amor. Jesús para sublimidades tiene a sus Angeles. Él vino a la tierra y quiso llamarse flor del campo para mostrarnos cuánto ama la sencillez.

Si en verdad fuéramos sencillos ¡qué fácil sería servir a nuestros hermanos y agradar a Jesús!

A nosotros mismos nos sería provechosísimo, porque gozaríamos de perfecta paz. Ni las mismas faltas nos harían perder una mirada a Jesús, y el conocimiento de la propia miseria lo repararía todo.

Tenéis que vencer una antipatía, pues hacerlo con una amabilidad tan dulce que hagáis creer que no tenéis que venceros. Evitad no sólo la mortificación positiva del prójimo, sino que vuestra exquisita caridad salga al paso de algo que pueda humillarle.

Tened siempre la intención pura y sobrenaturalizada. ¡Cuánto se merece con ello!

Esas virtudes ocultas que a nadie llaman la atención; ese pasar desapercibido, es de un mérito imponderable ante Dios; porque ese vencimiento y mortificación continuos, ese martirio a alfilerazos, como decía la Santa, supone un heroísmo oculto, una fidelidad de todos los instantes, un abismo de generosidad; pero que por lo mismo que está tejido con los sucesos ordinarios de la vida, se hace accesible a las almas pequeñas. En las mismas mortificaciones no hay que salirse

de lo ordinario. Bueno es contrariar el gusto, pensando, por ejemplo, cosas repugnantes cuando tomamos algo agradable; pero es más sencillo agradecer al Señor lo que encontramos a nuestro gusto.

Que sea así tan sencilla vuestra virtud, que puedan imitarla todas las almas.

Hermosa floración de virtudes producidas por el Amor. Haga el Señor que las gocemos y poseamos todas. En esta serie de virtudes que hemos ido comentando, hemos podido ver perfilado el ESPIRITU de la Santa, de modo especial en las tres últimas: HUMILDAD, ABANDONO, SENCILLEZ, que son las que mejor lo reflejan. Alma pequeña que vive escondida en Dios, y que acaba de manifestarse en su virtud más característica: EL ESPIRITU DE INFANCIA. Si Dios quiere ya lo veremos al término de su «Escala de Perfección».

Repitamos con la Santa, sus enseñanzas sobre las virtudes: si poseemos la causa, poseeremos también los efectos. El que tiene en su mano el prisma, aplicado al sol, tiene también los rayos de su luz.

Hagamos nuestro el prisma del Amor, pongámoslo en contacto con el Sol de Justicia Cristo Jesús y veremos complacidos los reververos de luz de virtudes que el prisma del Amor produce.

NUEVAS FUENTES

Decíamos en el estudio ascético-místico que hemos emprendido, que no íbamos a ceñirnos exclusivamente a la doctrina de Santa Teresita del Niño Jesús, sino que queríamos acudir también a otras fuentes para ampliar el estudio. Así además de los místicos universales San Juan de la Cruz y Santa Teresa, Padres de la ciencia Ascético-Mística actual y que son precisamente los que produjeron la fuente de agua cristalina donde bebió Santa Teresita su ciencia y experiencia mística, hemos querido añadir otras dos pequeñas «Escalas»: la del Fundador de la Alianza y una semblanza de San Francisco de Asís-Místico, para darle una mayor vivacidad y colorido al Estudio.

Esta breve *«Escala» del Siervo de Dios D. Antonio Amundarain,* la podríamos considerar por nuestra parte como un pequeño homenaje a aquel sacerdote santo, que gastó su vida en extender por todo el mundo estos dos ideales sublimes: «El triunfo de la Pureza en el mundo y la santificación de los sacerdotes».

¡Cuánto bien hizo, tanto durante su vida, como después de su muerte, en uno y otro cam-

po! Como dicen los santos, sin vivir esa maravillosa virtud no podremos practicar un eficaz apostolado y mucho menos alcanzar la perfección. Por eso el sacerdote que quiera ser apóstol ha de ser fiel a este principio que nos dejó en sus escritos: «El primer fruto de nuestro apostolado debe ser nuestra propia santificación».

En uno de sus famosos Ejercicios Espirituales que daba en Vitoria a más de un centenar de sacerdotes de toda España, le oí esta doctrina sobre la Perfección: «Aspiramos a la perfección y hemos de hacer lo posible por alcanzarla. La CONVERSION a Dios Nuestro Padre es el primer paso que hemos de dar. Para ello hemos de cubrir tres etapas bien escalonadas: La primera es: DEFORMATA+REFORMARE. He tenido desvíos lamentables que han deformado mi espíritu, pero con la reforma espiritual que me propongo, la Conversión, me he reconciliado con Dios. Estoy en el primer grado de la clásica división de la vida interior: la Vía Purgativa, la incipiente, la de los que inician el camino.

La segunda etapa es la que da forma a la reforma: REFORMATA-CONFORMARE. Quiero ser siempre amigo de Dios, conformando mi voluntad con la suya, o sea, quiero dar forma a mi reforma de vida, tomando por modelo a Cristo Jesús. Crecer como Él en virtud y gracia. Conformar de tal modo mi voluntad con la suya, que resulte ser otro Cristo, para ello hago una entrega

generosa y total como Saulo: «Señor, ¿qué quieres que haga?». Es la segunda etapa clásica: Los proficientes, los que han crecido en su vida de perfección.

Y por último, la tercera etapa, CONFORMATA-CONFIRMARE, es decir, los perfectos a ejemplo de Jesucristo, los que consiguieron con oración y cruz, como enseña San Juan de la Cruz, confirmar su vida en Dios.

El Hijo de Dios se hace Hombre por mí, porque me ama. ¿No he de amarle yo también?

Padece por mí y me antecede en la penitencia hasta llegar a la muerte, ¿no he de completar en mí su Pasión, con la mortificación y la penitencia?

Si Jesús hace locuras de Amor en su Pasión y en la Eucaristía, ¿no voy yo a corresponder a todo ello con una fe vivísima en su Sacramento de Amor y devolverle Amor con verdaderas finezas de alma bien nacida? Esfuérzate para que todos le visiten, le hagan compañía y le reciban en el Sacramento. Jesús lleva dos mil años esperándote en el Sagrario, no lo defraudes».

Y nos enseñaba a hacer el ofrecimiento de almas víctimas, al estilo de Santa Teresita, expresión de un alma llena de Dios que santificó a tantos sacerdotes y a tantas almas vírgenes, que se han consagrado a Dios en medio del mundo y los ha puesto en camino de perfección.

Después la misericordia del Señor, por gracia

de María, no ha dejado de poner en nuestro camino almas santas o grupos de almas selectas, que se han interesado vivamente en ayudar y promover en las almas deseos de santidad y de favorecer en ellas el crecimiento en su perfección.

«¡Y como el alma que de veras desea sabiduría, desea primero el padecer para entrar en ella, en la espera de la Cruz!» (San Juan de la Cruz: Can. XXXI).

SEGUNDA ESCALA DE PERFECCION SEGUN SAN JUAN DE LA CRUZ

San Juan de la Cruz está considerado por todos, como el mayor de los místicos de la Iglesia. El pone los fundamentos de la Teología Místico-Espiritual con las distintas obras Ascético-Místicas que nos dejó escritas.

Podríamos decir de él, lo que el Evangelista Juan dice del Bautista: «Fue un hombre enviado por Dios cuyo nombre era Juan», éste para preparar los caminos del Señor, aquél para iluminar el mundo con su doctrina bellísima y su poesía de cielo, con las que nos da la más alta Teología Mística y ambas avaladas con una santidad de vida a toda prueba.

Lo que nos dice en sus «Purificaciones para alcanzar el Amor» son una verdadera biografía propia.

Los poetas le veneran como su patrono, porque nadie como él ha llevado la poesía a alturas tan sublimes, y a la vez tan santas. Bien se le pueden aplicar las palabras sagradas: «Los sabios brillarán con esplendor de cielo y los que enseñan la «justicia» a las multitudes serán como estrellas lucientes por toda la eternidad».

¡A cuántas almas ha llevado su doctrina a la santidad, o al menos a un cambio por una vida más honrada!

A este propósito podríamos traer a colación una anécdota muy de nuestros días. Se refiere al célebre bandolero «El Lute» a quien no podían controlar diez mil policías. Después de su captura, todos pudieron observar el cambio radical de su vida y preguntado por sus nuevos amigos a qué se debía aquello, contestó con sencillez: «A la lectura de los libros de San Juan de la Cruz». Es difícil expresar la impresión que aquellas palabras produjeron en sus oyentes, pero ninguno volvió a insistir sobre el tema.

Nosotros sí queremos volver y repasar esta doctrina luminosa. Acudamos pues con premura a beber con gozo a esas fuentes cristalinas y santificantes de su doctrina.

LAS PURIFICACIONES

Toda la Teología Espiritual de San Juan de la Cruz está basada en la división fundamental que hace de las purificaciones.A unas las llama «activas», que pertenecen a la Ascética y que él explica en su libro «Subida al Monte Carmelo». Estas tienen grados de oración propios. Las «pasivas» pertenecen a la Mística, que expone en su libro «La Noche Oscura» y los grados superiores en «Llama de Amor Viva».

La nota característica de las primeras es la acción, el esfuerzo que el alma ha de hacer, secundando la gracia, para liberarse de los impedimentos que le estorban la unión con Dios y alcanzar la perfección.

En la Purificación pasiva o Mística, el alma se purifica no poniendo resistencia, obstáculos ni estorbo alguno a la acción de Dios en el alma.

Cada una de estas purificaciones tiene tres grados, que el Santo llama así: 1.ª Purificación activa del *sentido*, ya sea corporal ya psicológico. Es la clásica CONVERSION. La 2.ª es la Purificación activa del *espíritu*, o sea, del entendimiento, por la que purifico mis ideas de Dios, consiguiendo una ortodoxia cabal. Y lo he de

conseguir por la disciplina del espíritu, por la PENITENCIA. La 3.ª purificación activa se refiere a la VOLUNTAD para no querer sino lo que Dios quiera de mí, y se caracteriza por la virtud de la OBEDIENCIA.

Ampliemos un poco estos conceptos.

El primer grado ascético es la CONVERSION. Su primer paso es la constricción del corazón, tal como la entendían los Padres del Concilio de Trento: Dolor presente, vivísimo, actual detestación del pecado de tal modo que abomine y quisiera no hubiera existido tal día o tal año en que me aparté de Dios. Esto supone una transformación moral tan completa, que de sí, dicen los teólogos, no vuelva a caer más, y si esto ocurriera es que no he conseguido del todo la conversión.

La vuelta del alma a Dios Creador, incluye la aversión a las criaturas que me apartan de mi fin, la lucha constante contra los enemigos del alma y las bajas pasiones, lo que llaman los autores ascéticos el COMBATE ESPIRITUAL.

Esta lucha, como es natural, no se reduce a este grado ascético, pues en cualquiera de los estados en que la sabiduría bondadosa de Dios quiere colocarnos, mientras no lleguemos al descanso de la Patria, hemos de perseverar en este difícil pero santo COMBATE.

Segunda Purificación activa: la PENITENCIA. Esta segunda Purificación abarca no sólo el entendimiento para pensar siempre según la ver-

dad revelada y sentir siempre con la Iglesia, alejándose de todo endurecimiento en el error, sino a la práctica tan saludable de la penitencia.

A la conversión verdadera sigue invariablemente la *penitencia*, dando a esta palabra su sentido más amplio: virtud, Sacramento, mortificación, dolor, expiación, purificación, sacrificio, cruz. ¡Cuántos matices podemos encontrar en esta virtud!

Los santos que estudiamos en esta «Escala», además de practicar esta purificación en todos sus aspectos, apoyan su perfección en alguna virtud que les es característica, así San Francisco de Asís lo pone en la práctica rigurosa de la pobreza, Santa Teresa en la oración perfecta, Santa Teresita en el Amor de Dios y San Juan de la Cruz, que ahora nos ocupa, en las Purificaciones del alma, aunque todos como es lógico, acompañen esas virtudes heroicas con los propios grados de oración.

El Santo vive con tal intensidad sus purificaciones, que no fueron para él meramente especulativas, sino que las vive siempre y forman su más completa biografía. La Penitencia incluye no sólo la purificación del entendimiento para sentir con la Iglesia y los matices ya señalados, sino lo que abarca el nombre de ejercicios penales en: comida, sueño, en cilicios, disciplinas, etc., sino la moderación en los sentidos y apetitos, o sea el cercenar en mí todo lo que pueda inducirme a

pecado. No podemos rehusar la mortificación externa, aunque la interior sea más noble,una supone la otra y las dos se complementan. Por eso San Juan de la Cruz hablando de esta purificación activa nos dice: «Si alguno te habla mal de ella, no lo creas aunque haga milagros». Sin ella no sólo no daremos paso en la perfección, pero ni tendremos llave para abrir el cielo.

Veamos sus ventajas: satisfacemos por los pecados, domamos los apetitos carnales, damos mayor eficacia a la oración, y sobre todo imitamos a Jesucristo, el que siendo inocente padeció por nosotros, identificándonos con Él, según aquello del Apóstol: «Suplo en mi carne lo que resta de los sufrimientos de Cristo».

¿Qué es lo que quiere Dios que practique en la penitencia? Sencillamente lo que me permita seguir mis obligaciones ordinarias. Aunque para cierta clase de mortificaciones debe consultarse al Director espiritual y obedecerle.

Penitencia Sacramento. Si te hablan de conversión y excluyen deliberadamente la Confesión de los pecados, creerlos menos todavía, porque intentarían una conversión falsa y además imposible, ya que sin la ayuda de la gracia, que se me da en el Sacramento del perdón, me sería prácticamente imposible volver a Dios. Así nos lo dice la doctrina de la Iglesia. La contrición borra los pecados si se le une el firme deseo y propósito de confesión y enmienda. No pretendamos desnatu-

ralizar la conversión con un autoengaño suicida, quedándome tan manchado como antes, por faltarle lo esencial: la vuelta humilde a Dios por el Sacramento del Perdón.

Es tan pobre y deficiente nuestro amor a Dios, que necesariamente ha de apoyarse en el Sacramento para alcanzar el perdón. Afirma por tanto tu conversión en estos sólidos motivos que ya apuntamos en el Estudio Ascético y que te sirvan para recibir bien dispuesto el Sacramento: 1.º *La gravedad de los pecados.* 2.º *El juicio de Dios.* 3.º *El breve e incierto tiempo para merecer* y el eterno para el premio y el castigo. 4.º La muerte de Jesús en la Cruz, que me manifiesta la infinita misericordia del Señor. Por todo ello vive intensamente tu espíritu de penitencia y estarás más afianzado en tu conversión.

Tercera purificación activa del espíritu: la OBEDIENCIA. San Juan la llama purificación activa de la voluntad. Una vez sometidas las pasiones a la razón por la penitencia, debemos someter ésta y lo más noble que tenemos, la voluntad, a Dios por la práctica de la obediencia, que debe ser absoluta, total, conformando nuestra voluntad con la del superior, que representa a Dios con rendimiento de juicio, sujetándonos aún en lo duro y repugnante, viendo siempre la voluntad de Dios manifestada en él.

Santa Teresa dice, que no hay camino que tan presto lleve a la perfección como la obediencia.

¡Con qué seguridad se marcha por ese camino! El obediente no se equivoca nunca. La obediencia es fuente de méritos, porque las obras más insignificantes hechas por obediencia son meritorias. Por eso dice San Agustín que es la máxima virtud y madre de todas las virtudes.

No se equivocó San Juan de la Cruz al poner en el tercer grado de purificación activa la obediencia, porque si con la penitencia ofrendamos a Dios nuestro cuerpo, con la obediencia le ofrendamos algo mejor, nuestra voluntad, nuestra alma.

Hay quienes piensan que la obediencia es una actitud indigna de un hombre maduro, bien formado; pero olvidan que Jesús, que superaba infinitamente a María y a José porque era Dios, «les obedecía», y que por amor a su Padre celestial y por cumplir su voluntad, se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Es decir, obedeció en lo que más cuesta, en la ofrenda de la vida hasta el sacrificio de la Cruz. Así oraba Jesús: «Padre mío, que no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres. Que no se haga mi voluntad sino la tuya».

La enseñanza de la Iglesia no es sino un eco de la enseñanza de Jesús, así nos dice el Concilio: «El cumplimiento amoroso de la voluntad de Dios es la cima de toda santidad». Para alcanzarla he de aceptar gozosamente cuanto Él me envíe, voluntad que se manifiesta en sus Mandamientos,

en los consejos y preceptos de la Santa Madre Iglesia, en las obligaciones de nuestro propio estado y de forma expresa a través de aquellas personas a quienes debemos obediencia.

A estas purificaciones activas acompañan siempre las oraciones propias de este período ascético, ya que como nos dice Monseñor Escrivá: «La mortificación y la obediencia son la puerta para entrar en el castillo interior de la oración». Ella ha de acompañar todo el proceso ascético-místico.

ESTUDIO MISTICO DE LA ESCALA DE PERFECCION EN SAN JUAN DE LA CRUZ. LAS PURIFICACIONES PASIVAS

Recordemos antes de nada la frase que el Santo emplea para describir este estado del alma: «Dios trabaja en mí, y yo contemplo lleno de asombro y agradecimiento la obra de Dios en mi alma».

Frase equivalente a esta otra: «Cuando Dios me guía, lo que he tenido que hacer es dejarme llevar». Esa es la actitud propia de todas las almas santas.

Se lee en la biografía de Monseñor Escrivá un episodio que nos da a conocer que el Siervo de Dios hacía tiempo andaba por estos caminos de la Mística. Cuando el fundador del «Opus Dei» empezó a ver con claridad el futuro esplendoroso que el Señor reservaba a la «Obra de Dios», futuro que él barruntaba ya muchos años antes, se dio cuenta de que tenía que abrir paso, sin poner ningún obstáculo a este querer divino. Entonces se puso, mucho más que antes, en manos de Dios, sin tener que ir calculando cada paso a dar, pues era el Señor el que le guiaba. Por eso diría en una carta, refiriéndose a esta acción divina y a

su actitud pasiva, mística con el Señor: «Lo que he tenido que hacer es dejarme llevar». Exactamente lo que hemos de hacer todos, si el Señor se dignara llevarnos por esos caminos. Para eso antes, ¡cuanto trabajo ascético he de practicar! El alma ha trabajado denodadamente para acercarse a Dios por la conversión, por quitar defectos con la penitencia y la obediencia. Dios la ha dejado hacer, aunque se ha complacido bondadosamente en su labor. Ahora viene la verdadera obra de Dios en el alma, la labor del Artífice divino en pulimentar, en abrillantar el alma a golpes de pruebas exteriores e interiores, hasta dejarla a su gusto.

Si alguna vez el Señor me reservara esas pruebas, mi postura será ponerme incondicionalmente en sus manos y agradecerle de corazón esta deferencia de su bondad.

PURIFICACION PASIVA DEL SENTIDO ORACION Y CRUZ

Presenta el Santo esta Purificación con esta hermosa puntilla al Dolor aceptado por Amor, dice así:

«Mi vida es toda de Amor
Y si en Amor estoy ducho
Es por culpa del Dolor
Que no hay amante mejor
Que aquél que ha sufrido mucho.»

El Santo en su libro LA NOCHE OSCURA nos habla de esta purificación, que afecta a la parte sensitiva de nuestro ser: el dolor, la enfermedad, etc. Esta purificación, complemento de la vida de oración, afectará a todos los grados del camino de Perfección. Por algo lo pone el Santo como lema de su vida mística.

El sufrimiento, el dolor salva y ennoblece, tiene un valor imponderable. Leemos en el Salmo 118: «Antes de sufrir, yo andaba extraviado, pero ahora me ajusto a tu promesa», a tu ley, a tu voluntad. El sufrimiento me ha hecho volver a tus caminos.

Algunos autores ponen la enfermedad en el último grado de la escala, pero parece más lógico

ponerla aquí, porque la enfermedad tiene parte de purificación activa o pasiva según el espíritu con que se reciba. El Santo la pone dentro de las purificaciones místicas, porque es carisma propio de todos los santos y de los que aspiran a serlo. Todos han aceptado el dolor, el sufrimiento, el sacrificio, que conlleva la enfermedad, como regalo de Dios que Él da a sus almas escogidas. Y lo aceptan con «buena cara», con serenidad, hasta con jovialidad, sin desviarse un ápice del cumplimiento de sus deberes.

Santa Teresa de Jesús decía que siempre tuvo un tan fuerte dolor de cabeza, como si una losa de plomo se la aplastara; pero eso no le impidió trabajar a todas horas y jovialmente por la gloria de Dios.

Este don especialísimo de Dios, es fuente de méritos o de imperfecciones según se acepte o se rechace neciamente. Acepta y agradece este regalo de Dios.

El Siervo de Dios D. Josemaría Escrivá de Balaguer nos narra, que en una de sus visitas al Hospital del Rey en Madrid, encontró a una señora aristócrata, que como el Santo Job, había venido muy a menos en su hacienda, lo había perdido todo y agonizaba cubierta de llagas, abandonada de todo el mundo, en un camastro del Hospital. Sin embargo no cesaba de bendecir al Señor por los sufrimientos que le mandaba: «¡bendito sea el dolor, Amado sea el dolor, Santi-

ficado sea el dolor, Glorificado sea el dolor!» Frase tan impresionante, que ha merecido el honor de ser trasladada a «Camino» N.º 208 para nuestra ejemplaridad.

Ciertamente que esta buena mujer había escalado las cimas de la perfección por medio del dolor aceptado. La enfermedad aceptada como regalo de Dios es SACRIFICIO. Da la muerte a lo que me estorba para ir a Dios, y florece en vida redentora como la de Cristo en la Cruz.

En una ocasión oí estas reflexiones sobre el sacrificio: Podemos distinguir dos clases de sacrificio: el que nos ponemos nosotros (purificaciones activas) y el que nos manda Dios, como la enfermedad (las pasivas). Tendemos a practicar las primeras, como penitencias, privaciones, cilicios, etc., que en cierto modo nos agradan, porque hacemos nuestro gusto nuestra voluntad, muy cercano al egoísmo, y por tanto algo imperfecto. El verdadero sacrificio es el que Dios nos envía. Vemos la diferencia. En el primero nos «crucificamos» nosotros en un momento de fervor, cogemos el clavo y nos clavamos los pies y la mano, pero siempre nos queda una mano libre para, pasado el fervor, desclavarnos. Cuando nos «crucifica» el Señor, o los hombres instrumentos de Dios, como nos clavan del todo, hay que sufrirlo hasta el final, aunque no queramos.

El sacrificio va siempre acompañado de lágrimas, unas opacas, negras, producidas por la de-

sesperación, la soberbia, el amor propio; otras son transparentes, claras, hasta dulces, son las del sacrificio aceptado, conforme en todo con la voluntad de Dios.

Si cuando lloramos nos ponemos delante de un crucifijo y a través de nuestras lágrimas «vemos» a Jesús, ese llanto es bueno. Si nos ciega y no lo vemos, es malo. El sacrificio es la garantía y el contraste de las virtudes. Nunca copiaré en mi la figura de Jesucristo si no soy sacrificado, pues la vida de Jesús fue eso: SACRIFICIO.

SEGUNDA PURIFICACION PASIVA. LA NOCHE PASIVA DEL ESPIRITU. LAS PRUEBAS INTERIORES

Vimos en la primera purificación pasiva del sentido como el sacrificio aceptado no sólo es expiación, sino sublime expresión de amor, porque te purifica, te eleva por ser propio de las almas grandes, que se ponen en las manos del Señor para que haga con ellas lo que quiera. Si alguna vez el Señor nos lo enviara hemos de aceptarlo rendidamente y hasta con acciones de gracias. Esta segunda purificación de que nos habla San Juan es más elevada, más interior, la usa Dios directamente sobre el alma para purificar su parte superior, lo más íntimo, y quitarle toda mancha.

Prueba llamada por San Juan «la dolorosa NOCHE OSCURA» absolutamente necesaria para alcanzar la contemplación infusa o acción pasiva de Dios en el alma.

Para conocer si el alma ha entrado en esta Noche, los santos nos ponen algunas señales: si el alma no encuentra gusto ni en las cosas de Dios ni en la criaturas, si piensa penosamente que no sirve a Dios, si no acierta a meditar, ni a discurrir, ni a sacar afectos. Es la típica ARIDEZ en la

oración, donde la voluntad propia queda como anulada, para que sólo reine la voluntad de Dios. Es entonces cuando el alma ha de acudir a Él con más confianza.

El Santo para enseñarnos esta verdad nos dejó escrito este versito no exento de suave humor:

«En la incomprensión, en la sequedad - En vez de airarte y protestar - rezar, rezar y rezar».

Este estado de aridez no tiene que ver nada con la tibieza. La primera es una purificación mística que se produce en la oración, la segunda es un pecado, que si no corto diligentemente puede hundirme sin remedio. Aunque los efectos aparentemente sean parecidos, en el fondo son totalmente distintos. La tibieza engendra despreocupación por las cosas de Dios, es la negación radical de la oración y de todo interés por ella. Al contrario, la aridez o sequedad aunque dificulte el ejercicio de la oración, siente una necesidad profunda de ella y tal gozo de estar con Dios, que aunque se amontonen las dificultades, jamás prescindirá de su encuentro con Él.

Si Dios quiere ya trataremos este tema con más amplitud en el estudio de Santa Teresita.

TERCERA PURIFICACION PASIVA O UNION TRANSFORMANTE

Esta purificación la describe el santo en sus dos libros más elevados: «Cántico espiritual», su obra más completa y «Llama de amor viva», la cumbre de la Mística.

La Unión transformante o Matrimonio espiritual dice San Juan de la Cruz que es como una transformación total en el Amado, una entrega total y mutua entre el alma y Dios y como una cierta consumación de amor; todo ello no es otra cosa que el desenvolvimiento completo de la vida de oración.

Es también presencia mística o experimental de Dios en el alma. Como don de Dios que es, se da cuando el Espíritu Santo sustituye a la razón en el gobierno del alma y en el ejercicio de las virtudes.

Todo esto se da cuando el alma del todo purificada, se une a Dios, se transforma en Él en una entrega total al Amado para su completa posesión.

Entonces es el Espíritu Santo con sus dones el que sustituye a la persona misma, para que sea sólo Dios el que actúe.

Es la presencia experimental, como decimos, de Dios en el alma con todas las dulzuras y exigencias divinas que eso conlleva, porque el sacrificio aceptado plenamente, como ya dijimos, no sólo es expiación sino sublime expresión de amor.

Así se cumple en el santo el lema de perfección que él mismo nos puso al principio: Para adelantar en la santidad son precisas dos cosas: ORACION Y CRUZ.

Y el apostolado inevitable en toda alma santa será la fusión de ambas.

La misma idea que desarrollará en su vida el autor de «Camino»: 1.º Oración, 2.º Expiación-Sacrificio y 3.º Acción-Apostolado.

Todos estos fenómenos místicos, que nos dice San Juan de la Cruz, no son sino manifestaciones de la VIDA DE ORACION que si va acompañada de los dones del Espíritu Santo producen en el alma esa floración de virtudes que la embellecen, la santifican y la hacen tan grata a Dios.

Buen maestro espiritual nos ha concedido la bondad infinita del buen Dios. Sólo nos falta imitarle y seguirle con toda docilidad.

BREVE SEMBLANZA DE SAN FRANCISCO DE ASIS-MISTICO

San Buenaventura el discípulo predilecto de San Francisco, teólogo eminente, va descubriendo en su padre San Francisco, los grandes dones celestiales con que Dios le enriquece. Los estudia con gran interés y a base de ellos crea la llamada Escuela Mística Franciscana, poniendo como prototipo al fundador de la orden San Francisco de Asís. Con ello, nos llega limpia su doctrina mística para provecho de nuestras almas, y además nos da a conocer esta faceta interesantísima del Santo no muy divulgada; por ello parece oportuno, después de haber visto la doctrina mística de San Juan de la Cruz, evocar esta figura señera de santidad de San Francisco de Asís.

Más que estudio, vamos a contemplar el ejemplo admirable de una vida toda de Dios, que ejercita de modo heroico todas las virtudes. Un Cristo viviente, aclamado santo por el pueblo, antes de dejar esta tierra. Francisco de Asís, alma noble, radicalmente desasida del mundo, alcanza los más altos grados de la Mística, de la unión con Dios.

El mensajero de «Paz y bien», el trovador de

Dios, el hermano de los leprosos, el enamorado de su Señora la Santa Pobreza, el penitente austerísimo, «crucificado» con el Señor Jesús, el pobrecito de Asís, no es conocido sobradamente por su faceta mística, aunque lo sea plenamente.

San Juan de la Cruz, a tres siglos de distancia, lo descubre y con toda probabilidad también bebió parte de su admirable doctrina mística en la fuente cristalina de la *vida* de Francisco de Asís.

Su recuerdo será para nosotros, como un volver a pasar por los caminos que hemos andado, para grabarlos mejor en nuestro corazón.

Consideremos algunas de sus virtudes.

SU AMOR A LAS CRIATURAS DE DIOS

Esta es la faceta más saliente de su alma de poeta. Los ecologistas lo nombran su Patrono, porque ven en él un enamorado de la Naturaleza. Es verdad todo eso, pero es algo más. El no se queda en la «corteza» exterior, para él todas las criaturas son un retrato del Creador, hijas de Dios, por eso a todas las llama «hermanas». Son su primer escalón para elevarse a lo increado.

Cuando llevado de su innata inspiración poética compone su admirable «Cántico a las criaturas», antes o después de cada estrofa invoca a su Creador:

«Omnipotente y Altísimo Señor - A Ti toda alabanza, la gloria y el honor».

Y cuando va nombrando alguna de las más nobles criaturas, impresiona su sabiduría al aplicarle a cada una el calificativo más exacto y preciso: «Loado seas por toda criatura, mi Señor - Especialmente por el hermano Sol - que alumbra y abre el día y es bello en su esplendor». «Y por la hermana Luna - de blanca luz menor - Y las estrellas claras - tan limpias, tan hermosas, tan vivas como son. Y por la hermana agua, - preciosa en su candor - que es útil, casta, humilde, Loa-

do mi Señor». «Por el hermano fuego - Que alumbra al irse el Sol – Y es fuerte, hermoso, alegre -
Loado mi Señor. Y por la hermana tierra - que es toda bendición - la hermana y madre tierra - que da en toda ocasión - las hierbas y los frutos - y flores de color - y nos sustenta y rige -: ¡Loado mi Señor!».

Su sed de belleza es saciada en la contemplación de las obras de Dios. Por ellas Dios le concede gustar el Don de la Sabiduría, que nos da el sabor de Dios, el gozar, vivir y experimentar el conocimiento de Dios, reflejado en su imagen amada.

Algo parecido le ocurre a San Juan de la Cruz, también enamorado de las criaturas y del Creador, el Amado, a quien presenta en sus inmortales versos de cadencia musical, transformando con solo su presencia a las criaturas:

«Y lléndolas mirando - con solo su figura
vestidas las dejó de su hermosura».

Se corresponden sus versos. Ambos son poetas sublimes que reciben su inspiración de la misma fuente: Dios.

SU ORACION. ALEGRIA Y PAZ

Hemos visto en los «grados de oración» cómo, cuanto más alta y perfecta es la oración, menos palabras necesita para comunicarse con Dios. Francisco pasaba noches enteras contemplando la infinita «paciencia» de Dios, el Amor de «Madre» que nos tiene, su misericordia sin límites que le llevaron a la Cruz.

Esa contemplación fervorosa le llevaron también a la «crucifixión» mística de las llagas, a su estigmatización, fenómeno místico singularísimo. Pero esa oración en el seno de Dios, le produce la *alegría perfecta*, la superación de las pruebas exteriores e interiores por duras que se presentasen.

Entraba en la cueva de la oración, en medio del gozo, posaba con la cabeza sobre las rodillas, a veces sobre el suelo, y pasaba horas y horas en silencio total, al final hasta la mente callaba. Entonces la cueva parecía un paraíso, su alma desnuda vertía lágrimas tranquilas que le inundaban de gozo. Es la *alegría perfecta.* Cuando recordaba los pecados de su juventud, o las humillaciones y ataques furibundos de sus contradictores, el santo no se desprecia ni se ensaña contra sí, sólo se postra en tierra y con los brazos extendidos, repi-

te miles de veces, con gran humildad: «¡Piedad, Señor! ¡Soy hijo de barro, pero el Señor es santo, y eso basta». Cuando arreciaban las contradicciones le decía Clara, aquella primicia bellísima de su apostolado: «Dios es, y basta». Frase que con alguna variante repetiría Teresa de Jesús: «Solo Dios basta». Y sólo eso era suficiente para inundar su alma de paz.

Que distinto el Serafín de Asís, siempre en adoración, el Santo del desprendimiento y de la pobreza más absoluta, de los modernos «liberadores», que con un empeño digno de mejor causa, buscan la liberación de la pobreza y la marginación, pasando si es preciso por encima de toda ley, sin llegar nunca a considerarla como un regalo de Dios.

El santo la ama, se desposa con ella, y es el hombre más liberado del mundo. Ha conseguido la perfecta liberación.

Por eso, como la virtud más amada y característica del pobrecito de Asís, vemos la Santa Pobreza.

Se desposa con su dama adorada, como él la llama, se despoja de todo por amor de Dios y es el hombre más libre del mundo.

Sólo tiene un Padre, el del cielo; sólo una Madre, la «hermana tierra», que es toda bendición, que le sustenta y rige, su confidente con quien habla tiernamente y siempre ese trato le lleva a su Dios: «¡Loado seas mi Señor!».

Aun en esas alturas místicas, no dejará de sentir los zarpazos del enemigo, con los deseos de poseer, y entonces el Señor le enviará su ángel bueno, que le susurrará al oído por la voz de Santa Clara: «Te despojaste de todo, para que Dios lo fuera todo» y aquella sugerencia de la santa, apaciguará el corazón del pobre de Asís y seguirá abrazando la santa pobreza.

De esta manera, practicando diariamente y de modo heroico estas virtudes, conseguiría San Francisco las más altas cumbres de la mística, de la perfección, de la santidad.

Cuando San Juan de la Cruz nos habla en sus purificaciones de pruebas exteriores e interiores, de enfermedad y desolaciones del espíritu, pensamos acertadamente, que por todas estas pruebas había pasado Francisco, con la gallardía de un atleta.

Cuando le acosan las persecuciones, las pruebas durísimas, los desprecios inauditos de hijos rebeldes, que en cierta ocasión llegan hasta a destruir y quemar «La regla de vida para los hermanos menores» que el santo escribiera con tanto cariño, Francisco reacciona a lo santo, a lo divino, pidiendo perdón y besando los pies con humildad impresionante a sus implacables perseguidores.

Cuando la prueba es interior, el santo pasa por la «Noche Oscura» por la tempestuosa y ho-

rrenda noche de que nos hablara San Juan de la Cruz.

Entonces el Santo llegará a perder su seguridad, creerá que está engañando a los Hermanos, le acometerá la tristeza, llegando a perder hasta la alegría de vivir, y por las presiones de los nuevos dirigentes, renunciará a sus derechos de Fundador y huirá al desierto.

Entonces vive la gran DESOLACION DEL ESPIRITU, durísima prueba que él acepta gustoso, porque sabe que es absolutamente precisa al alma, para hacerse disponible, como cera blanda y maleable en las manos de Dios y que Él nos labre y modele a su gusto.

Por fin en la última prueba, en el holocausto total propiciado por la enfermedad y el dolor, la penitencia austerísima, la estigmatización, todo junto, van deshaciendo aquel cuerpo, antes tan fuerte, hasta convertirlo en polvo.

Entonces, considerando todo este proceso, vamos contemplando en vivo, las distintas purificaciones místicas, que labran la santidad.

Purificaciones, como decimos, que después hemos visto descritas y maravillosamente escalonadas en San Juan de la Cruz.

Así vemos a San Francisco-Místico, que ahora con tanta fuerza nos atrae.

ESCALA DE PERFECCION EN SANTA TERESA DE JESUS

Después del estudio que hemos hecho sobre la doctrina y vida admirable de San Juan de la Cruz, y del ejemplo vivo de santidad en San Francisco de Asís, alma purificada en el crisol del sacrificio, no podemos dejar en el olvido aquella alma grande, nuestra mística Doctora Santa Teresa de Jesús.

Juan y Teresa, almas gemelas, que se iluminaban mutuamente y que hoy continúan iluminando y santificando al mundo entero con su doctrina.

¡Para cuántos han sido los mentores espirituales de su alma!

Nuestra Santa Teresita fue una de las almas que más aprovechó con su doctrina, como veremos en este estudio.

El Santo Padre Juan Pablo II hizo su Tesis Doctoral sobre la doctrina ascético-mística de estos dos santos españoles. Visitó sus sepulcros para darles gracias por tantos favores espirituales recibidos y estudió con cariño el español para gozar de la delicia de sus poesías de cielo.

¡A qué alturas de perfección ha llegado estudiando a estos santos!

Vamos a estudiar también nosotros, aunque sea brevemente, esta provechosa doctrina.

La Madre Teresa, Maestra de oración, enamorada hasta la locura de su Señor Jesús, hubo de luchar valientemente contra todos los que se oponían a los planes de Dios sobre su alma. Por ello, no fue siempre su vida un lago tranquilo de tersa superficie.

Santa Teresa ha sido una de las almas más probadas por purificaciones de todo tipo: perseguida, procesada, incomprendida, llena de contradicciones, su alma se vio turbada con oleaje turbulento, pero todas estas pruebas fueron superadas y compensadas con creces por los regalos místicos de todo grado que el Amor infinito de Dios le otorgara.

Apoyada siempre en Dios nos parece verla sobre el acantilado, contemplando impertérrita el rugir de la tempestad; o como Jesús sobre la popa de la barca, apaciguando las olas, invocaría el poder de Dios y se haría una gran bonanza.

Es entonces cuando el Espíritu le sugiere aquellos versos inmortales que tantas veces hemos meditado:

Nada te turbe - Nada te espante - Todo se pasa.

Dios no se muda - La paciencia - Todo lo alcanza.
Quien a Dios tiene - Nada le falta - ¡Solo Dios basta!

¡Qué tranquilidad y dominio de sí, que paz rezuman estos versos!

¿Verdad que en ellos vemos reflejadas nuestras vidas en muchas ocasiones?

En la Vida de la Santa podemos observar la perfecta sintonía de estos cuatro elementos: ORACION elevadísima que produce VIRTUDES heroicas, PURIFICACIONES y pruebas dolorosísimas que sufre gustosamente por Dios y en compensación LOS REGALOS MISTICOS, los fenómenos sobrenaturales con que Dios premia su encendida oración, sus virtudes y su vida sacrificada. Estos cuatro elementos van apareciendo en su vida, cada vez más escalonados, aunque todos los recibiera en la oración y por las oración, y al final todo lo redujera al Amor de Dios por Jesucristo.